

**Una saludable mirada de la violencia: frustraciones,
discursos e ideologías**
Fernando Bravo Alarcón

Razones de sangre. Aproximaciones a la violencia política
Gonzalo Portocarrero
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Lima, 1998, 302 páginas

Aun cuando el fenómeno de la violencia terrorista haya sido desplazado del ranking de los principales problemas del país, esto no convierte en extemporáneo el trabajo académico que plantee una interpretación distinta a la comúnmente difundida acerca del proceso de la violencia en el Perú. Por esa razón los ensayos de Gonzalo Portocarrero no pierden oportunidad.

Esto mantiene relación con la sentencia que sirve de punto de partida al autor: «En el Perú la dificultad para elaborar una memoria colectiva es un hecho recurrente, sintomático y de consecuencias muy profundas» (p. 9). Le asiste la razón cuando constata que, una vez más, en el caso de la insurrección senderista estamos ante la ausencia de un discurso oficial que reconozca su real naturaleza, mucho más compleja que el simple contenido delincinencial.

Esto llama la atención porque la victoria de las fuerzas del Estado, en nuestra opinión, no ha sido únicamente militar, sino también política e ideológica: la iniciativa estatal arrinconó al senderismo desde el momento que fue ganando consenso y legitimidad ciudadana; desde el instante en que la ideología clasista de confrontación y destrucción del enemigo se descubrió incapaz de

sintonizarse con una realidad donde los imaginarios colectivos se movían en frecuencias y registros inasibles para los parámetros abismaelitas.

Pero, ¿le interesaría al *establishment* pergeñar una interpretación no por oficial al menos responsable, lúcida y aleccionadora acerca del fenómeno al que derrotó? ¿Por qué habría de hacerlo? En caso de un régimen político más «democrático» que el actual, ¿habría sido otra la actitud tomando en cuenta los antecedentes de los gobiernos de la década de los ochenta, supuestamente respetuosos del Estado de derecho?

Resulta sugerente la constatación que hace Portocarrero acerca de la invariabilidad de las tesis de fondo manejadas por las posturas oficiales sobre el fenómeno subversivo. Si entendemos bien, la referencia a la interpretación oficial —que explicaba a las organizaciones terroristas como grupos de tenebrosos fanáticos y delincuentes, que debían ser enfrentados duramente aun cuando se cometieran excesos lamentables pero comprensibles— se hace extensiva a los tres gobiernos que enfrentaron al fenómeno. De ser así, tendríamos que, en lo esencial, hubo un punto de partida, un diagnóstico equivocado sobre cuya base los

dos primeros gobiernos fracasaron, mientras que el último ganó.

A lo mejor ello no es tan simple en el caso de la gestión del presidente Alberto Fujimori; de hecho los terroristas fueron vistos como fanáticos y delincuentes, pero esto acaso más para efecto de propaganda y promoción, pues el Gobierno sabía muy bien que derrotando en ese plano a la subversión se granjearía un gran apoyo electoral. Nos preguntamos si solo bastó el mejor uso de los procesos de inteligencia para arrinconar a los subversivos.

Luego de casi siete años desde la captura de Abimael Guzmán y Víctor Polay Campos, este del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, el humor social del país no exuda ni las reivindicaciones ni la retórica ni la simbología clasista de ambos grupos. ¿Bastó con un diagnóstico que enfatiza lo delincencial? ¿Fueron suficientes las acciones de inteligencia para apagar una idea, errada y fundamentalista, pero imagen al fin, de la realidad peruana?

Los ensayos que presenta Portocarrero intentan una lectura, en efecto, distante de la interpretación oficial —que, con sus más y con sus menos, comparten los gobiernos de Belaúnde, García y Fujimori— y también de las aproximaciones —en su momento presentadas y aceptadas como críticas— de algunos estudiosos y «especialistas» en Sendero Luminoso y el MRTA.

Sobre los contenidos

En el segundo capítulo del libro que comentamos, el autor resalta el constreñimiento y la negación absoluta que realiza el senderismo sobre la privacidad, lo

personal y las salidas individuales. Se trataría de que para Abimael Guzmán lo individual se emparenta con lo sucio y lo impuro. «Sendero Luminoso condena el individualismo en forma absoluta y radical» (p. 57) dice Portocarrero; es decir, el militante, «el hombre rojo», al final de cuentas no llega a ser sino un simple brazo o instrumento del partido. Allí, en la militancia, las personas encontrarían su *raison d'être*, su realización, su entrega incondicional al colectivo partidario

Portocarrero propone luego una pregunta que, a nuestro parecer, sugiere la probable relación con una de las explicaciones proporcionadas por las ideologías derechistas y conservadoras para entender y descalificar la emergencia de los grupos políticamente impugnadores del orden social establecido. Así, el autor, refiriéndose a la trascendencia del partido y la organización que absorbe las individualidades, se interroga «¿qué clase de gente puede encontrar seductora esta propuesta?» (p. 61).

Si alguien respondiera que son los resentidos, los que han sido maltratados por la sociedad y por la vida, tal interpretación podría estar parapetándose tras un argumento colonial, despectivo, que no reconoce la posibilidad de reivindicación social en aquellos a quienes la sociedad peruana siempre ha excluido. La idea del resentido social, ¿debe ser descalificada por sus orígenes? ¿No funcionó acaso como componente de un esquema de interpretación manejado por algunos segmentos de los sectores altos y medios del país?

Ha sido típico de la tradición conservadora atribuir resentimiento, indisposición, frustración y envidia cada vez que afloró lo que

desde una perspectiva marxista se puede llamar el conflicto de clase. La violencia se originaría no tanto en condiciones materiales objetivas cuanto en sentimientos de venganza y de envidia de aquellos que se hallan desfavorecidos respecto al acceso a la riqueza, el status y el conocimiento.

Entonces, *¿cómo poder descalificar la existencia de alguna forma de resentimiento si, como postula el autor, por ejemplo, en «la decisión de atacar Miraflores más peso tuvo la cólera que la razón» (p.36), agresión que para Sendero Luminoso pudo haber despertado «las simpatías de los sectores populares» (p. 35)?*

Por tanto, para responder a la pregunta «¿qué clase de gente puede encontrar seductora esta propuesta?», el invocar el odio y el resentimiento —atributos sugeridos por esa tradición conservadora— no resulta muy *descabellado*. Si Abimael Guzmán fue capaz de concebir y planificar acciones basándose en odios y cóleras (p. 35), *¿cómo su partido no iba a reclutar jóvenes susceptibles de reproducir y secretar tales sentimientos?*

No creemos que «el hombre rojo» sea sólo aquel proveniente de sectores populares andinos, de nivel educativo relativamente alto, de izquierda, formado en la tradición católica y que esté escapando de las situaciones de zozobra e incertidumbre (p. 61). Debe haber otro componente donde *calce el odio y el resentimiento*, por más que este último sustantivo pueda tener orígenes coloniales y conservadores.

Si en la tradición de las ciencias sociales se ha aceptado como vigente la existencia de la heren-

cia colonial, *¿por qué no reconocerle —por supuesto que con cuidado— cierto papel a la idea del odio de clases o del resentimiento, por más que hayan sido habitualmente utilizadas desde posiciones coloniales ultramontanas?*

Miradas y discursos

En el capítulo tercero, Portocarrero presenta los distintos discursos públicos que se construyeron y/o difundieron a raíz de las acciones del senderismo. Describe las líneas maestras de cada uno y señala sus sesgos y limitaciones explicativas. Se trata de un mapeo de las ideas tendentes a diagnosticar el surgimiento y la existencia del fenómeno subversivo.

Al respecto, emerge una legítima curiosidad, que el autor no llega a esclarecer (*¿tenía que hacerlo?*): *¿de qué discurso público se nutrió el régimen que terminó —si así se puede decir— con el terrorismo? Ni en la doctrina del general Noel, ni en la interpretación de la Comisión Vargas Llosa, como tampoco en la de la Comisión del Congreso presidida por Enrique Bernales o en la perspectiva de Felipe MacGregor, resulta indispensable la captura de los comandos senderistas, como bien advierte Portocarrero. Si estos discursos no permearon las acciones del primer fujimorismo, entonces ¿qué cosa lo hizo? ¿O es que existe un discurso público que no se señala?*

El cuarto capítulo nos recuerda aquella aseveración tan cara a las ciencias sociales peruanas acerca de su incapacidad para haber advertido la incubación del senderismo.¹ El autor desmenuza lo que

¹ Hace muchos años, nos enteramos de que uno de los investigadores políticos y

ha sido el conjunto de aproximaciones y lecturas que desde los espacios académicos debió proponerse en torno a un fenómeno que de hecho conmovió hasta las opciones personales de estos intelectuales.

Estos proporcionaron imágenes de SL, pero ¿qué tan rigurosas fueron aquellas? ¿Hubo quienes no pudieron brindar ninguna aproximación? Historiadores y antropólogos fueron tal vez más productivos que los sociólogos. ¿Por qué desde la Ciencia Política no se abordó a SL? ¿O desde la Psicología quizá?

Portocarrero admite que la Antropología y la Historia, probablemente entre otras razones, al haber estado lejanas al marxismo, fueron las disciplinas que más contribuyeron a generar una imagen de Sendero. Eso parece ser cierto, pero se necesita distinguir qué Antropología y qué Historia; en todo caso fueron precisamente las corrientes y los especialistas más cercanos al marxismo dentro de tales disciplinas las que abordaron este objeto de estudio. De ser así, la distancia del marxismo no parece ser una real exigencia para el abordaje de la violencia abimaelita.

Acerca de esto, un punto que no se desarrolla es el discurso de actores como las organizaciones no gubernamentales respecto de SL; o incluso, de aquellos organismos del Estado que realizaban trabajos de base. Muchas de estas organizaciones compartían sus zonas de intervención con el accionar del grupo subversivo. No se trataría de un discurso académico propiamente dicho —aunque

en tales instituciones laboran profesionales de las ciencias sociales, entre otros—, pero algo han tenido que aportar gracias a su vinculación directa con poblaciones beneficiarias de sus proyectos de desarrollo. ¿Es que no hubo una «mirada tecnocrática», digamos, en torno a la violencia?

En esta misma sección, el autor inserta una entrevista a una persona de origen puneño. No queda clara la conexión entre el tenor del capítulo (los discursos académicos...) y tal entrevista. No se justifica ni se expone los nexos entre lo uno y lo otro, lo que no deja de hacer interesante los datos del personaje a través de esta última técnica de recojo de información.

Sobre los jóvenes

En la segunda parte del trabajo, el autor utiliza las historias de vida y las encuestas como herramientas que le permiten detectar tendencias y relaciones probabilísticas en torno a la relación entre violencia y juventud. La información recogida se sitúa entre los años 1987 y 1989.

Se presenta las historias de vida de cuatro jóvenes, todos ellos hijos de migrantes y con simpatías políticas de izquierda. Desde la más dispuesta a justificar y avalar la violencia senderista hasta la que se resiste y la rechaza, se ilustra cuatro posiciones más o menos típicas. La profundidad y la pertinencia de la información nos permite hacernos una imagen muy rica de los sentimientos, ideales, expectativas, gustos, incerti-

sociales más importantes afirmaba, en privado, que SL era expresión de la mediocridad académico-intelectual de las universidades de provincias.

dumbres y convicciones de estos jóvenes.

Tal vez habría sido importante incluir otro(s) caso(s) en la medida que la juventud no radicalizada, indiferente a la política, también posee de hecho alguna actitud respecto de la violencia y de sus sanguinarios operadores del momento.

Por otro lado, tanto las entrevistas como las encuestas tienen una ubicación cronológica con matices y propiedades muy circunscritas a la coyuntura que el país experimentaba entre 1987 y 1989. ¿Qué imagen habríamos extraído si, para efectos de contraste, se hubiese efectuado semejante recojo de información en 1994, por ejemplo? ¿Cuál sería la relación entre juventud y violencia a partir de estos datos? ¿Cómo se transformaría el cuadro que se esboza a partir del trabajo que comentamos?

El capítulo final («La opinión pública frente a la violencia») nos recuerda y esclarece un momento difícil que la sociedad peruana debió afrontar tanto frente a sus propios valores como respecto a la comunidad internacional. Empero, no es un aporte concreto a la necesidad de elucidar las vinculaciones de la juventud y la violencia política. ¿Qué tiene que ver con la juventud?

Sirve como un buen referente para auscultar las reacciones de la ciudadanía frente a la violencia, pero podía haberse ubicado en la primera parte del trabajo, o formar una tercera sección junto a un aná-

lisis de otras dos circunstancias centrales en medio del trayecto que conoció el terrorismo y la subversión. Por ejemplo, examinar y comparar tres momentos entre los siguientes sucesos de violencia: el asesinato de periodistas en Uchuraccay, la masacre de los penales, la captura de Abimael Guzmán y por qué no, el rescate de los rehenes de la embajada japonesa.²

Acerca de la opción ensayística

Portocarrero opta por manejar y exponer sus puntos de vista, hallazgos de investigación e impresiones a través del género ensayístico. Sin desmerecer la opción del autor, en esta última parte quisiéramos reparar acerca del favoritismo de parte de las ciencias sociales peruanas por dicho formato expositivo.³

Esto tiene relación con la crítica que, desde otras esferas y disciplinas, se le hace a la Sociología o la Antropología, en razón de que al parapetarse tras dicho género narrativo las exigencias de rigor, claridad, exactitud, difícilmente pueden sostenerse a lo largo de los párrafos.

Nuestra impresión es que, efectivamente, eso suele ocurrir muchas veces. Se ha abusado de un estilo expositivo en el que ha primado más la elegancia —que no siempre se logra, por cierto— la suntuosidad, las citas de los autores de moda, y, la menos de las

² ¿Debió incluirse al MRTA en este trabajo? Creemos que sí. ¿Por qué algunos jóvenes optaron por SL y otros, minoritariamente, por el MRTA? Después de todo, la violencia política también la hizo este segundo grupo subversivo.

³ Ya en una reseña anterior hicimos mayor referencia al ensayismo sociológico. Cf. «Cuando los ciudadanos invadieron Lima», *Debates en Sociología* N° 22, 1997: 225-226.

veces, la necesidad de revestir las frases y sentencias con símiles e imágenes novedosos y sugerentes.

No estamos invalidando la opción que toman muchos científicos sociales al momento de presentar sus trabajos, pues creemos que la profundidad y el rigor no tienen por qué excluir a la claridad, la precisión y la concisión. Debemos reconocer, eso sí, que ensayos sociológicos bien escritos algunas veces son vistos con desconfianza, como si solo poseyeran valor esté-

tico mas no aporte científico al conocimiento de la realidad social.

Al decir del ensayista Gabriel Zaid: «La mala prosa en las ciencias sociales se ha vuelto casi un requisito (los historiadores, sociólogos, psicólogos que escriben demasiado bien se vuelven sospechosos de poca profundidad)».⁴ Por supuesto que esto último no corresponde al caso de Portocarrero, pluma reconocida entre los pocos sociólogos que comienzan a aparecer en las revistas y las pantallas con algo nuevo que decir.

⁴ «Organizados para no leer», *Letras Libres*, año 1, N° 3, México, marzo de 1999.